

FILOSOFIA DE LA IDENTIDAD: DEL SER-SI-MISMO PERSONAL Y SOCIAL*

Enrique Arriagada-Kehl

Los paradigmas del quehacer filosófico han sufrido variaciones. El paradigma de la conciencia subjetiva y solipsista fue superado por el del lenguaje y, actualmente, proponemos un paradigma del ser-símismo desde un pensar latinoamericano genuino amparado en la comunicación verdadera, pues: 'pienso, me comunico auténticamente y luego soy mí mismo'.

La filosofía del ser-sí-mismo, la filosofía de la Identidad, se empeña en mostrar las rutas para filosofar latinoamericanamente, en reanalizar los conceptos y categorías que nos ha legado la tradición filosófica con el fin de utilizarlos para pensar nuestra realidad. Si ellos resultan insuficientes, será necesario crear otros distintos.

Los conceptos y categorías de la filosofía universalista se diseñaron para realidades y problemas específicos, y no se pueden adoptar en Latinoamérica sin que reciban una adaptación forzosa. Con ello resulta que todo concepto, con pretensión de constituirse como universal, debe convertirse, para un pensar genuino latinoamericano, en una hipótesis tematizable y capaz de ser puesta en la tela del juicio de la filosofía de la Identidad. No se trata de inventar de nuevo la rueda, sino de usar la que nos sirva en esta huella que algún día será camino.

* En esta nota el autor reseña las ideas principales de sus libros *Hacia una filosofía de la autenticidad y de la identidad social desde Latinoamérica*, Editorial Alef, 1994, Santiago Chile y *El hombre como espejo de sí mismo*. (En prensa)

La filosofía de la Identidad despliega su desarrollo conceptual en dos planos, a saber, el psicológico y el sociológico, en donde la autenticidad personal y la identidad social son básicas en el individuo y la sociedad; su búsqueda, cuidado y protección son valiosos en sí, conduciendo al éxito pleno si se las tiene en cuenta; lo contrario constituye su extravío.

Tanto Identidad como Autenticidad se conforman en estilo *a posteriori* y contingente; ellas expresan la concordancia de la subjetividad humana con su objetividad, es decir, aquello que se siente y piensa en lo subjetivo, con las expresiones o actos de habla y los actos en general. Del grado de concordancia dependerán los grados de Autenticidad que se logren.

Como la Identidad es medible en su grado de coherencia, ella no es un concepto unívoco, sino equívoco; desde la entitativa y lógico-formal hasta la personal o cualitativa —que es la que nos ocupa—, Identidad que no es tautología sino mismidad, de ser-sí-mismo, de ser lo que se es. La filosofía de la Identidad es, pues, una ontología, pero no aquélla tradicionalista y sistemática que propone al ser único e inmutable, sino la del *ser en acto*; el ser para la ontología de la Identidad es ser en acto. No acto perpetuo o predeterminado desde una potencia que lo contiene, como en la doctrina habitual del acto y la potencia; se trata del acto libre y creador donde el individuo y sociedad deciden autónoma y maduramente el ser-sí-mismo o lo mejor de sí.

Esta Identidad de la cual se habla es tripartita: es una categoría que, entre otras, nos permite detectar cómo se conforma lo latinoamericano. Además, es un cedazo, porque su cohesión nos permite ayudar a filtrar lo ajeno, que no guarda relación con nuestra realidad. Por último, es una Identidad que encuentra su basamento no en un fundamento sempiterno, sino en un fundamento-origen que alude y hace referencia a la historia, su raigambre y estirpe. Ella, puesta al comienzo y no al final, es además de una ontología no tradicional, una epistemología que asume todos los objetivos de las epistemologías como filosofías instrumentales, esto es, ser vía, camino o método de un recto pensar.

IDENTOLOGIA

Efectivamente, a través de una técnica de Identidad (= Identología), estamos en condiciones de elaborar una epistemología de carácter latinoamericano, en donde las ideas que se piensen sean las propias y no las ajenas. Si se logra tal objetivo, nuestro pensamiento no sólo será genuino sino, principalmente, acertado. Esta técnica de la Identidad, la Identología, evalúa en una primera etapa el signo que lleva la idea o concepto que se desea pensar, a fin de diagnosticar sus características, pretensiones y alcances. Si sirve o no a nuestra realidad. Tal es la etapa que debe atravesar todo universal con el fin de saber si puede ser aplicado al particular latinoamericano. Si el concepto posee aportes reales que enriquezcan nuestra problemática, el universal diagnosticado debe autosustentarse dialécticamente, es decir, entrar en relación directa con nuestra realidad, en donde su adopción sufre la influencia de lo propio latinoamericano y, por ende, se adaptará al lenguaje, religión, mitos, en fin, al *ethos* latinoamericano. El universal diagnosticado y adaptado, con el ropaje de nuestra tradición, se verá enriquecido por nuestras problemáticas nutrientes y reales, *exergándolo* del pilar intangible que lo sostenía: un pensamiento universalista ajeno a la realidad y mismidad latinoamericana. De esta forma, por ejemplo, la pobreza diagnosticada en su universalidad, pero sufrida en nuestro continente, adquiere ribetes inéditos en la historia del pensamiento. En esta misma línea, importar un posmodernismo decadente a nuestra realidad no resiste una autosustentación dialéctica, un combate frontal con nuestra mismidad, con el filtro de la Identidad, porque en Latinoamérica no sólo *estamos* como huéspedes, sino que en ella *somos*.

Sin embargo, nos encontramos frente a un problema epistemológico fundamental: ¿Cómo conocer esto que llamamos Latinoamérica? La respuesta no puede provenir sino de una antropología filosófica de la Identidad, en donde el hombre, a diferencia del pensamiento ontológico universalista y unívoco, no posee precio sino dignidad. Tal dignidad se devela en cada acto de ser-sí-mismo y se insinúa en la propuesta de una filosofía de la Identidad, la que no se conforma sólo con ir al hombre, sino con llegar al hombre *mismo*.

ÉTICA Y ONTOLOGÍA IDENTITARIAS

Las repercusiones éticas de esta filosofía son positivas. La ética de la Identidad no concibe que el hombre actúe éticamente sólo para lograr la felicidad (Aristóteles), o por un deber ser que lo adeuda como ser incompleto (Kant). El *ethos* identitario sostiene que sólo asumiendo el tremendo esfuerzo por el hecho de ser nosotros mismos, y lo mejor de ello y también de la sociedad, advendrán de suyo la felicidad, bondad, justicia y libertad. El apotegma es: sé auténtico y todo adviene de suyo. El *ethos* identitario exige, entonces, por una parte, la perspectiva *teleológica* y, por otra, la heteronomía de siempre tener en nuestro horizonte el fundamento-origen de la realidad latinoamericana en la que somos. Lo anterior no significa que el hombre latinoamericano no deba luchar por la paz o justicia individual y social; implica, antes bien, que la lucha, en la medida de ser nosotros mismos, será orientada y orientadora.

No existe en esta ética la habitual disolución del kantismo entre ontología y moral, que discute si acaso una es primera y la otra posterior. Ética y ontología se funden en el *compromiso ontológico*, en donde la vertiente ontológica no deja de mostrar su dimensión ética a través del compromiso con nuestra realidad (*ontos*) y su historia; en donde, por su parte, la ética muestra su carácter ontológico en la medida que *ya siendo* actuamos, en conformidad o no, con nuestra mismidad.

La ética de la Identidad, teleológica y heterónoma a la vez, escándalo para el pensamiento sustancial universalista, exige, por lo mismo, un discurso, un consenso, una comunicación que nos libere de tendencias dominadoras. Para ello, aprovechamos el giro lingüístico operado en los paradigmas filosóficos, a fin de que podamos sentarnos a conversar desde nuestra mismidad auténtica sin que ella se estropee o se pase a llevar. Conversar, entonces, no sólo las ideas extrañas, sino las propias, con las que actuamos; conversar de esta epistemología-ontología-ética que sólo se nos muestran separadas metodológicamente, pero que en la realidad están unificadas. Pensamos, actuamos y somos acertadamente desde esa acción auténtica y propia.

SER Y ESTAR

Lo más importante para nosotros es, entonces, ser nosotros mismos y actuar en conformidad a ello. Lo fundamental de una sociedad es ser ella misma y desenvolverse desde su particularidad. Esto origina necesariamente una apertura de la conciencia hacia lo exterior (que no es ajeno, sino la propia mismidad), hacia otra cosa que ella (intencionalidad), venciendo de esa forma el solipsismo idealista. Esta conciencia nos señala el horizonte de comprensión al cual pertenecemos: Latinoamérica nos indica nuestra pertenencia y, gracias a la apertura de nuestra conciencia, podemos estar en condiciones de afirmar que Latinoamérica no es una entelequia ni un todavía no ser: estamos en Latinoamérica, y cuando estamos con ella en conciencia, no nos queda otra alternativa sino ser latinoamericanos. Cualquier desvío o desvarío al respecto que nos cuestione el carácter ontológico de *nuestramérica* debe ser desechado por su pretensión manipuladora. En consecuencia, estamos tras una de las causas de la liberación personal y social del hombre; es al tratar de protegerse del cinismo y la manipulación, que la acción comunicativa y la Identología tratan de desentrañar para una comunicación Auténtica, y a su vez, protegerse también de ideas extrañas sin empatía, que se introduzcan subrepticamente.

Pensamos latinoamericanamente. Contamos de hecho con esa realidad latinoamericana, independientemente de qué cosa sea; respuesta que será desarrollada en una posterior hermenéutica y política identitarias. De esta manera, "estar" y estar comprometidos nos abre las puertas al ser latinoamericano. Igualmente, estar en conciencia nos indica que pertenecemos a un lugar impropio del cual no tardaremos en abjurar. Tal ha sido la tragedia de numerosos pensadores que al cuestionar la obviedad de nuestro ser terminaron por rendirle tributo al pensamiento universalista. Son los pensadores de cuello torcido.

Hay, pues, una falsa dicotomía entre ser y conciencia de la cual la filosofía de la Identidad no se considera heredera. Ser y conciencia se dan simultáneamente, pero no en una homogeneidad dialéctica que las funda sin más. Tanto la conciencia puede orientar al ser como el ser orientar a la conciencia. Estar sin conciencia es vegetar: ser sin

conciencia es un contrasentido.

La filosofía de la Identidad nos abre las puertas a nuestra mismidad, a nuestra propiedad, con lo que contamos de suyo y no podemos negar. La filosofía de la Identidad nos muestra y mostrará el recto pensar latinoamericano, donde la realidad es siempre en acto, un acto, el acto que por excelencia nos representa.

LA OTRA RACIONALIDAD

La vocación fundamental de la filosofía de pensar nuestro fundamento-origen queda revitalizada desde la Identidad dando un feroz zarpazo al principio de Razón que predetermina una realidad en forma *a priori*. La razón unificadora, desconocedora de los límites y particularidades propias, en donde Europa nos piensa como si fuésemos sus objetos, debe ser superada por este nuevo paradigma del *autoser*. La filosofía de la Identidad, contrariamente al resto de las filosofías europeo-racionalistas, se asume no como lo otro de la razón sino como portadora de una racionalidad distinta. Nuestra racionalidad no se clasifica ni autofunda en el puro pensamiento. Tampoco piensa que nuestra realidad sea eso. La racionalidad abierta por la mismidad del ser, que es siempre en acto, supone y exige por siempre una mentalidad abierta y pluralista en donde la clasificación es sólo un recurso metodológico, pero nunca una realidad. Contra la pretensión racionalista, se dirá que la filosofía de la Identidad no se autofunda, sino que —fundada heterónomamente— alcanza su fundamentación a través de un fundamento mucho más abismal que el de la filosofía tradicionalista. Conciérne al fundamento-origen del cual ya hablábamos, autónomo por excelencia.

La tarea que resta dentro de la filosofía identitaria es enorme. Hacernos escuchar, por una parte, y tener algo que decir, por otra. Diseñar las herramientas necesarias, pues, desde hace mucho tiempo, el círculo del pensamiento latinoamericano tiene esta certeza: pensarnos a toda costa.